

Jóvenes en masculino: a medio camino entre alternativos y tradicionales.

Klaudio Duarte Quapper. Núcleo de Investigación en Juventudes, Departamento de Sociología, Universidad de Chile; Kolectivo Poroto (hombres por otros vínculos).
cduarte@uchile.cl

Introducción. Las miradas en debate

Desde hace décadas, teóricas de las diversas corrientes feministas comenzaron a llamar la atención por la necesidad de dedicar esfuerzos a la observación crítica de los procesos a través de los que los varones construimos nuestras masculinidades (Lagarde, 1993; De Barbieri, 1992; Lozano, 1992; De Lauretis, 1991; Lamas, 1989). En ese proceso, han comenzado a surgir diversos debates y producciones investigativas que han aportado interesantes elementos que permiten sostener hoy proposiciones que destacan por su novedad y su condición desafiante. Algunas de ellas son: i) No se nace varón, sino que las identidades masculinas son producto de una construcción fruto de la socialización patriarcal que en cada sociedad y cultura se reproduce (Gilmore, 1994); ii) Dicha construcción ha variado en la historia de acuerdo con los procesos estructurales de cambio de cada sociedad en sus ámbitos político, económico y social (Salazar y Pinto, 2002); iii) Esos procesos de cambio han implicado diversas manifestaciones de crisis, por lo que se requiere en cada coyuntura dar cuenta de los elementos epocales que la caracterizan y estructuran, tensionando la idea circulante de que la actual es original y excepcional (Duarte, 2011a); iv) Los procesos de construcción de identidades juveniles, en tanto identidades generacionales, se dan imbricados con los procesos de construcción de identidades de género y otros factores constitutivos de lo social –clase, etnicidad, entre otras- (Connell, 1997); v) Los varones jóvenes de sectores empobrecidos se hacen parte de estos procesos, con modos que se mueven entre la reproducción sin más de lo tradicional patriarcal y los intentos incipientes y balbuceantes de vivir de distinta manera sus relaciones de género (Duarte, 2006).

Para la observación crítica de estos procesos recreamos la propuesta de Michael Kaufman (1989), en orden a que existiría una triada masculina, como tres ejes analíticos, que han de considerarse para el análisis en perspectiva de género de la construcción de masculinidades:

las relaciones consigo mismo, las relaciones con las mujeres y las relaciones con otros hombres; a ello agregamos, pasando de triada a volantín¹, la necesaria consideración de las relaciones con el medio social, comprendido éste en la vinculación entre los *territorios* en que ellas se producen-concretizan (Pérez y Mejía, 1997; Espinoza, 1999; Chaves, 2010), el *ambiente* que les da cuerpo (Delgado, 2009; Caride, 2006), y el *sentido de pertenencia* como parte de las subjetividades que en ella se producen (Duarte, 2011d). Así diversos ámbitos en que se despliegan las vidas juveniles pueden ser leídos desde esta matriz de análisis: familia, escuela, calle, organizaciones sociales, religiosas y/o deportivas, ejércitos, medios de comunicación, entre otras; permitiendo profundizar en los procesos de producción de conocimiento sobre sus modos de hacer sociedad y cultura.

En este texto nos interesa *la calle*, en tanto constituye un espacio predilecto para la demostración de las masculinidades en producción (Fuller, 1997). El abordaje lo realizaremos desde la triada mencionada, *haciendo contexto* –pasando a volantín- cada vez en la reflexión a través de la explicitación de las relaciones con el medio social en que se desenvuelven los varones jóvenes de sectores empobrecidos. A partir de investigaciones y acciones educativas populares con grupos de rockeros (heavy metal), grupos de batucadas, hip-hoperos y barristas del club Universidad de Chile, en la zona sur de Santiago de Chile elaboramos las siguientes reflexiones.

1. La calle como lugar privilegiado para los aprendizajes de ser varón.

La calle es el lugar de la seducción, del quiebre de reglas, la competencia, la mentira y la rivalidad. Ahí se recrea una cultura juvenil de conquistas y hazañas. La calle según el discurso de los propios varones jóvenes de sectores empobrecidos es el lugar privilegiado para los aprendizajes relacionados con sus identidades masculinas.

*La responsabilidad uno lo aprende en la calle o con los amigos, no yo igual he aprendido más con mis amigos, así igual hemos tenido hartas vivencias. Igual uno se influencia más afuera, igual tiene algunas visiones de los papás, pero igual se influencia más afuera con los amigos. **Juan Pablo, rapero.***

¹ Nombre chileno para las cometas. Idea tomada desde las reflexiones en el Kolectivo Poroto.

Se busca una masculinidad reconocida públicamente, una cualidad a lograr, una tensión que desafía, angustia y otorga logros. De esta forma, la masculinidad es una constante prueba, de autoafirmación y demostración a los ojos de los demás de la virilidad heredada por los caracteres sexuales y la hombría construida con dolor y esfuerzo. La masculinidad es el premio al fin del combate, es el triunfo sobre las pruebas, solo que se trata de un esfuerzo permanente.

Las diferencias de clase que implicarían los distintos contextos, llevan a la constitución de diversas masculinidades. Las múltiples posiciones que los varones tienen en la sociedad, implican diferentes capacidades de acceso al ejercicio de poder, la propiedad y el prestigio social. Para los varones de sectores empobrecidos, la calle no tiene un carácter natural, sino que constituye un espacio al que acceden principalmente por *expulsión social* (Duarte, 2011c). Nos referimos a la fuerza centrífuga que el contexto impone a éstos jóvenes, en tanto se les dificulta, por el deterioro de la calidad de vida en familia (empobrecimiento, ruptura generacional, falta de estructuras mínimas de intimidad, violencia, inestabilidad emocional) permanecer más tiempo en convivencia con ella, pero al mismo tiempo es imposible dejarla en forma definitiva por las condicionantes socioeconómicas y los lazos afectivos. Esta tensión produce una ‘salida permanente de la casa’ para buscar un espacio entre semejantes, para compartir aquello que en la familia y en la escuela no se obtiene.

Por eso algunos tienen más confianza con los amigos. Yo creo que los que le hacen más caso a los amigos que a la familia es porque se deben llevar mal con los padres, no deben tener confianza, con los amigos que conviven más, le deben tener más confianza y dicen: “ellos deben tener la razón”. Sergio, rapero.

2. Los otros varones: la grupalidad en la calle.

En este proceso, el agrupamiento de hombres jóvenes en la calle constituye el espacio privilegiado para esta demostración. Será en ese lugar social en que cada joven podrá construirse para otros y ganar en aceptación. Los cambios corporales llevarán a la necesidad de afirmación y redefinición del proceso identitario vinculado a esos cambios y a la ebullición de impulsos sexuales (Callirgos, 1996).

Los varones jóvenes acentúan su machismo, su oposición con el mundo de los adultos y el peso de los semejantes se acrecienta: fuerza física, exponer conquistas femeninas y mostrar agresividad conforman algunos de los componentes principales. Así por ejemplo, las violencias en los mundos juveniles tienen, entre otros factores comprensivos, esta necesidad de demostrar fuerza y control por parte de varones, que bajo la lógica de “no dejarse pasar a llevar” y de manejar la situación, recurren a ella como forma de resolución de conflictos (Kaufman, 1989).

En contextos de empobrecimiento y exclusión de las condiciones para cumplir el rol proveedor impuesto desde las lógicas patriarcales, estas violencias permiten acentuar la condición de dominador, en una suerte de radicalización-caricaturización del macho (Duarte, 2011b). Las situaciones de agudas violencias, que se viven en sectores empobrecidos de las urbes chilenas, implican para la población, que la calle sea vivida como un espacio de inseguridad. Ello radicaliza la importancia y vitalidad para los jóvenes de estar en ella, como un signo más de su fuerza, demostración de su *aguante*, de su capacidad para estar en ambientes de peligro y *hacerse hombre* en la adversidad.

De igual forma en la calle se viven las amistades, la sociabilidad fundamental en este momento de la vida, aquella que da sentido a la existencia fuera de y muchas veces en dirección contraria a los señalamientos familiares (Lozano, Fernández y Vargas, 2010). Estas amistades son constitutivas del ser joven urbano, refuerzan los apegos y las lealtades, se constituyen en la segunda familia, aquella que permite la homosocialización sostenida en el compadrazgo (Rebolledo, 1998).

En la calle hay afectos. El grupo juega en este ámbito un rol definidor de estilos y refuerza su característica de red social. El cariño es un pilar de las amistades, complicidades y apegos que ahí van surgiendo. La fuerza de esos vínculos les lleva a plantear al grupo de amigos como virtual reemplazo de las carencias afectivas que la familia no logra nutrir.

Al grupo se puede llegar a contar lo que está pasando en la vida y se encuentra una respuesta, un estímulo y por último el silencio que es señal de escucha y acogida. El vínculo es de hermanos, de compañeros.

*Como hermanos, no sé, el saludo es hola compañero, un abrazo, un beso en la mejilla, porque uno si da un beso en la mejilla a un hombre no va a dejar de ser hombre, es una manera de expresar lo que uno siente por el otro o sea afecto de amigo. Aprendí a querer a mis amigos, a quererlos por lo que son, no por lo que tienen. **Álvaro, batucada.***

La afectividad se aprehende en la calle, no se quiere sólo por instinto, se educa y los amigos enseñan. El compartir, la sinceridad, lo comunitario son valores que en la calle los hombres jóvenes van desplegando en su cotidianidad. El enfrentamiento del conflicto en el grupo también es parte de ese aprendizaje en que decirse las cosas *hace* al grupo. Junto a ello, la práctica afectiva va cuestionando los estilos de las generaciones anteriores, ya que ahora se permiten gestos que antes eran rechazados de plano y que hoy les colocan en el límite de la consideración de la homosexualidad.

*Nosotros acá con los chiquillos nos abrazamos, nos damos la mano, un beso de repente, aunque parezca medio raro son maneras de demostrar el cariño que nos tenemos. Ellos me demuestran el cariño y yo también tengo que mostrar que me enseñan esas cosas. **Oscar, batucada.***

Lo masculino tradicional se ve cuestionado por el reconocimiento que ellos hacen de sus gestos de afecto: besos y abrazos, que podrían provocar sanciones respecto de la homosexualidad. Para este grupo de jóvenes, no parece significar problemas, aunque en su planteamiento se cuidan de aclarar que no son homosexuales y que se trata de versiones propias y seguras de relaciones entre hombres héteros. Esto abre a preguntas, por su conceptualización de la homosexualidad: los besos y abrazos, ¿por qué estas prácticas afectivas son valoradas como legítimas y no como una dificultad en su identidad masculina?

Algunas pistas respecto de esta reconsideración, surgen desde el cuestionamiento y la tendencia al límite que los jóvenes plantean y que les caracteriza (Duarte, 2001). Esta tendencia al límite aparece como una provocación a lo social, a la heteronormatividad impuesta y que instala dichos límites. Entre otros, está el de la masculinidad “sin desviaciones”, vale decir, sin homosexualidad. Por ello al incorporar esta práctica afectiva sienten que van burlando lo establecido, lo provocan, ya que el aprendizaje patriarcal

impone que el acercamiento y la intimidad entre hombres están prohibidos, puestos más allá del límite.

Otra pista analítica de esta práctica juvenil es que para ellos la no existencia de penetración implica la no existencia de homosexualidad. Ella aparece así reducida sólo a su expresión coital. Los besos, los abrazos no formarían parte de una orientación sexual “desviada” sino que para ellos constituye un acto de fraternidad y hermandad en la calle. La homosexualidad implica en el imaginario masculino tradicional la existencia de un individuo “pasivo” y uno “activo”, que repite la condición tradicional de la pareja heterosexual en que el hombre es considerado el activo y la mujer pasiva. Por ello la no existencia de penetración no sitúa a nadie en condición pasiva-débil, y permite el desplazamiento del límite que provoca lo social, pero no lo supera decididamente.

La masculinidad en construcción aparece con un fuerte componente de reconstrucción de roles tradicionales, para dar paso a nuevos estilos, que no aseguran la superación de la asimetría masculina machista, pero que señalan el intento de tomar distancia respecto de ello. Es por ahora, una nueva forma de mirar...

3. Las mujeres en la calle: lo diferente como contradicción.

Las experiencias de relaciones con mujeres cobran importancia en tanto muestran que la otredad en la construcción de las identidades masculinas es vivida y reflexionada como comparación con las mujeres. Vale decir, se busca a las madres, las amigas, parejas o hermanas para compararse y resaltar los elementos constitutivos de identidad.

Dicha comparación se ubica a ratos en el discurso que denominamos de *la masculinidad tradicional*, y tiende a reafirmar esquemas y modelos de discriminación hacia la mujer. En otros momentos da cuenta del discurso que tiende hacia la búsqueda de alternativas y que intenta superar estilos dominadores y proponer fórmulas igualitarias de relación.

En la comparación encontramos la oposición y la semejanza. En la primera distinguimos dos vertientes o expresiones: *i) la distancia*: refiere a la oposición en que no existe necesariamente la discriminación explícita, la sanción abierta. Se manifiesta aquí con fuerza la alternativa velada y la toma de distancia para diferenciarse sin hacer evidente la

discriminación. Esta distancia reafirma la hombría, aunque en su apariencia parece cuestionarla.

*No sé, la forma de pensar (nos hace diferentes). Uno piensa diferente a las mujeres. Es que aquí en esta sociedad como que a uno le marcan que el hombre tiene que hacer esto y la mujer tiene que hacer esto otro. Yo hago las cosas que hacen los hombres, no hago las cosas que hacen las mujeres, entonces eso vendría marcando más. **Andrés, rockero.***

ii) la contradicción: refiere a la exaltación de lo antagónico. La identidad se construye por diferencias opuestas y se refuerza la asimetría [masculino + -- femenino -]. Es la construcción de la hombría partiendo del menosprecio de la mujer y de lo femenino.

*En la mujer no es tan esencial el estudio, se supone que el hombre tiene que sacar adelante el hogar y esperan de mí más futuro. No me puedo quedar así tampoco, yo sé que no me puedo quedar así. **Jonathan, rapero.***

*La forma de ser un poco machista algunas veces, o de repente tú decís “no las mujeres no pueden hacer eso, yo soy hombre tengo que hacerlo”. **Rodrigo, rockero.***

En ambas, en la oposición por distanciamiento y por contradicción hay un acercamiento a la misoginia en sus expresiones de miedo y odio a lo femenino: “soy hombre por lo tanto no soy mujer”. Se sigue de este miedo, la materialización de conductas homofóbicas que a los hombres jóvenes les permite la diferenciación de lo homosexual.

iii) la semejanza por su parte, aparecen como una tercera vertiente, pero que se separa de las anteriores y se abre dentro de lo que podemos llamar el discurso de búsqueda de la masculinidad alternativa. Este reconocimiento de la semejanza, como deber ser y como proceso ya iniciado en la sociedad, se muestra en algunos ámbitos de lo laboral, en la propuesta de igualdad de oportunidades, en cambios de actitudes en el trato, en las formas de enfrentar la vida.

*Es parecido porque todos tenemos la misma oportunidad, porque si ellas lo quieren, yo creo que lo pueden hacerlo igual, porque en estos tiempos se ven mujeres que son mejores que hombres. **Roberto, bullanguero.***

Estas tres formas de construir identidad desde las relaciones de comparación con la mujer, ya sea por oposición (distancia - contradicción) o por semejanzas, coexisten en la cotidianidad juvenil. Veamos cómo se manifiestan las tensiones.

Cuando se plantea la pregunta entre hombres por las relaciones con las mujeres en la calle, las reacciones-respuestas vienen por el lado de las risas, las bromas y las mentiras. Es un ámbito de la vida juvenil que genera sensaciones agradables, pero que también viene incorporando elementos de conflicto por los cuestionamientos que han comenzado a surgir respecto de las relaciones que se establecen.

*Cuando nos juntamos salimos a recorrer las calles, somos puros hombres, últimamente han habido algunas mujeres, pero como son mujeres, es que en ese grupo somos súper unidos los hombres y cuando hay mujeres siempre los hombres como que piensan mal de las mujeres y dejan de lado a los hombres como es natural en los hombres, por eso pasa eso, no nos gusta andar mucho con mujeres. Hemos hablado y que por favor salgamos solos, porque siempre o estamos pendientes de la mujer o estamos pendientes de ellos y no de los dos al mismo tiempo. **Andrés, rockero.***

Aquí aparece la señal del conflicto, que leído con detención, no son las mujeres, sino que los propios hombres y las visiones-estigmatizadas que tienen de ellas. Los celos e inseguridades que llevan “a pensar mal de una mujer”, por lo tanto la protegen (cuando en realidad es una autoprotección) y con ello se “abandona” a los amigos. ¿Que podría pasarle a un hombre que no “cuida a su mujer”?, la tentación más marcada es pensar que la podría perder y la propiedad definida como “natural” está en juego. Al perder esa propiedad, lo que está en riesgo es la capacidad personal para mostrar un elemento vital del ser hombre: capacidad posesiva y de mando en la relación con las mujeres.

Ante el conflicto que “ellas implican”, ya que en la actualidad se muestran mucho menos dependientes y más abiertas a seducir y a buscar pareja, la solución del grupo de hombres es marginarlas, salir solos, esconder el problema. Esta característica es identificatoria de un estilo masculino tradicional de resolución de conflictos: escapar y no enfrentar. La mujer es en este caso referencia de identidad, se la busca por utilidad y no necesariamente por lo que desde ella

misma puede aportar. Es otra forma de invisibilizarle y quitarle posibilidades de protagonismo, y de autoafirmarse como varón en la lógica tradicional.

*Nosotros no tenemos muchas relaciones con mujeres en nuestro grupo, porque nos juntamos y somos puros hombres. No tenemos mucho contacto con mujeres. La forma de ser de nosotros, como que no va con juntarse con una mujer. Igual de repente vamos a una fiesta y nos gusta hablar con minas, engrupirlas y todo. Por ejemplo si hay una mujer, nosotros como que estamos más tranquilos, no podemos hacer lo mismo. **Andrés, Rockero.***

Otra forma de este conflicto, que va solapándose en la cotidianidad, es el planteamiento común de que las mujeres no significan un problema para el grupo juvenil. Esto contradice a la versión anterior, pero manifiesta al menos dos ejes de análisis necesarios de enunciar. Por una parte, no se percibe una actitud real que dé cuenta de la afirmación “no es problema”, la que muchas veces se queda en el verso y no se plasma en búsquedas concretas. Por ejemplo, cuando aparece la exigencia de las propias mujeres, para participar en grupos de rock, no es aceptada ya que ellas son consideradas sólo como fans. Por otro lado, los hombres jóvenes no se autoperciben a sí mismos como el problema que implica la no participación de las mujeres en sus grupos. Vale decir, “ellas no tocan porque no quieren” sería la fórmula de la disculpa, pero “ellas no tocan o no se integran al grupo porque con nuestras actitudes no se lo permitimos” difícilmente aparecerá como una auto revisión de parte de los hombres jóvenes. Es que reconocerlo implicaría poner en cuestión esta masculinidad que se pretende alternativa y que se viene instalando en el discurso, pero se sostiene con mucha dificultad en las relaciones concretas.

*No sé, porque hasta ahora no conocemos muchas mujeres que toquen instrumentos, si hubiera mujeres a lo mejor no sería un problema, porque total con que toque bien el instrumento no es problema. **Rodrigo, rockero.***

Nuevamente la tensión-contradicción con la mujer. Anteriormente se las desalojó del grupo, ahora se plantea que deben tener las mismas posibilidades. El *medio camino* entre responder totalmente a la socialización tradicional o reconstruirse desde una visión del ser hombre diferente, que se disponga a vincularse con ellas desde la semejanza/equidad y no desde la diferenciación/discriminación. Es tensión porque se hace parte de la lucha cotidiana por

responder a lo esperado en tanto varón, que les violenta y exige, y es contradicción porque en el proceso se mueven entre polos de los cuales les cuesta salir para proponer otra lógica.

En la calle se habla de las mujeres (bajo diferentes denominaciones) y de las relaciones que con ellas se establecen y por otra parte, se actúa respecto de ellas en el grupo,

“somos todos buenos pa’ ‘lesear’² a las minas, pa’ molestarlas, de repente pasa una mina y la buscan todos, al loco que veai sentado aquí pasa una mina y...” Roberto, bullanguero.

Esto constituye una prueba permanente a la hombría, ser capaz de decirle algo a una niña que pasa, de inventar el mejor piropo, ya sea con palabras finas o groserías dependiendo del tipo de grupo. La carrera es acelerada hacia decir lo que muestre más “valentía y arrojo”, el mayor riesgo será bien compensado por el grupo y el establecimiento de acuerdos implícitos de ser hombre probado y de su peso social en el colectivo.

Para las mujeres jóvenes, los hombres jóvenes hablan mayormente de pornografía cuando se refieren a ellas, o al menos lo hacen en términos que consideran sexoides –como degradación de las sexualidades-; mientras que estas incorporarían de forma más explícita las temáticas afectivas en sus conversaciones (Morales, Concepción y Jammet, 1999). Es importante considerar que esta forma de cosificación de los hombres jóvenes hacia las mujeres tiene el límite en el momento en que se habla de las consideradas como “propias”: hermanas, parejas, madres.

Esto no debe hacer perder de vista el elemento de atracción que le significan las mujeres a los hombres jóvenes, y que les lleva a significarlas como una referencia hetero normativa a la hora de hablar en el grupo. Los afectos y cariños, los odios y malas ondas que se van produciendo en el proceso de construir-destruir relaciones son traspasados de manera permanente al grupo por medio del habla y la conversa. En el grupo hay intercambio, consejería, aprendizaje, por ejemplo, “como hacerlo” con las mujeres se aprehende en la calle, el grupo reemplaza a la familia y operacionaliza lo que en la escuela se conoce a nivel de abstracciones e información memorizable.

² “Lesear”, hacer bromas.

Lo masculino posee diferencias según el tipo de grupo: mientras para los rockeros es difícil que existan mujeres en la banda, para los raperos y los de la batucada es aceptado y valorado como positivo para la experiencia. En los raperos, la vinculación de las mujeres aparece también como explicitación en el discurso y con elaboración respecto del alcance político que ello tiene; la observación en terreno muestra disposición a la equidad de posibilidades para participar y aportar; lo observado muestra tendencias a desplegar convivencia equitativa, señala una disposición no exenta de tensiones.

4. El sí mismo o la intimidad negada.

En este ámbito, el hombre joven plantea una fuerte inseguridad respecto de esta frágil construcción de la masculinidad: ¿cuál es el modelo que se debe cumplir? Por una parte, el modelo tradicional aparece cuestionado, mientras que el modelo alternativo aparece dibujado apenas básicamente en el discurso, más aún, sin reconocimiento social en la práctica de las relaciones. Entonces surge esta pregunta, no fácil de responder, pero que genera temores en el hombre joven y en su proceso de elaboración de identidad: ¿estoy dispuesto a perder los privilegios de la masculinidad tradicional?

*Es que ahora vendría siendo casi lo mismo, porque los hombres y las mujeres no se diferencian tanto como antes, en que estaba todo como bien marcado para cada cosa, cada persona, un hombre: ésto, una mujer: esto otro, ahora como que es más general. **Andrés, rockero.***

Esta dualidad-tensión de modelos es característica del proceso de producción de identidades de género que viven los hombres jóvenes. La imagen del hombre que conquista no sólo se plantea para seducir y “llevar a la cama”, sino también respecto de como “hacerlo en la cama”. Se conquistan territorios –la calle-, y los espacios de relación íntima. Se traslada lo público hacia lo privado y este hacia lo público, disolviendo sus posibles diferencias, ya no como mundos separados y desconectados.

Esta conquista se transforma en experiencia de poder, se alimenta de aquella que se manifiesta en los diversos ámbitos de la cotidianidad de cada sujeto joven, la intimidad no es otra cosa que el resultado de dicha cotidianidad. Por ello se puede violar a la pareja –“tirársela aunque de maña”- es decir, penetrarla aunque no quiera, usar la fuerza,

imponerse. Por eso se puede tocar y abrazar a todas las mujeres posibles, pero se le impide a la pareja mujer que sea tocada-abrazada por otro varón. Estas expresiones masculinas, nos hablan de hombres *bien hombres*, es decir aquellos que cumplen a cabalidad con lo esperado: ser reproductores.

El hombre, porque siempre ha sido así, entonces uno no va a cambiar. Jonathan, rapero.

Poder remite en la experiencia de cuerpos masculinos al afianzamiento de los privilegios, status y ventajas que el contexto patriarcal impone. Se trata de cuerpos en disputa que producen poderes en disputa. Las capacidades de resistir de muchas mujeres jóvenes a estas situaciones han generado cuestionamientos a estas prácticas que ponen interrogantes a estos estilos de relaciones. Una cuestión interesante es este poder omnipresente masculino, que va quedando en evidencia cuando es delatado-develado en sus formas latentes (Bourdieu, 2007). Por ejemplo, por medio de actitudes que han sido naturalizadas y asumidas como parte integrante de la convivencia humana y en particular entre géneros: hombre que necesita–mujer que satisface; hombre activo–mujer pasiva; hombre público sin propietaria–mujer propiedad privada de su pareja. La omnipresencia no hace sólo referencia a un poder totalizador, sino también naturalización de lo que es mostrado como algo que siempre ha sido así; fatalismo estructural, por lo tanto imposible de cambiar.

Al mismo tiempo, poder se manifiesta respecto de sí mismo, con la imagen de poseer un cuerpo rudo, que tiene aguante. Por ello es posible el reventón, el desmadre en las cantidades de consumo (volumen e inmensidad). Quien más aguante (de) muestre, mayor reconocimiento y admiración ganará en su grupo o espacio social. El cuerpo al servicio de ese objetivo, ganar prestigio en el medio.

Los cuerpos masculinos, experimentados como hemos relatado, permiten la construcción de relaciones de poder que generan violencia, posesión y muerte en vida para las mujeres o para muchos hombres con opción homosexual. Para los propios varones, sus cuerpos les significan enajenación de sí mismos y de otras y otros; mutilación y castración de placeres sexuales; relaciones de poder autoritarias.

De esta forma, la construcción de identidades masculinas termina siendo un simulacro para los jóvenes, una (sobre) actuación en que prima una falsa identidad fundada no en lo que *se*

es, sino en lo que socialmente *se espera que sea*. Sujeto que no es, sujeto que simula ser lo que le han impuesto. Sujeto que se construye sin pérdida de los privilegios que nuestra sociedad patriarcal les ha dado.

Otro elemento respecto de la relación del hombre joven consigo mismo es el sentimiento de desprotección afectiva que experimentan muchas veces, dado que se despliega la hombría, es decir se logra cumplir los roles esperados socialmente mas no se logra ser feliz; se logra copular múltiples veces y con muchas mujeres, pero el sentimiento de soledad acompaña a esa cópula; se logra tener una familia y con esfuerzo dar las condiciones mínimas para la sobrevivencia, mas no se logra la felicidad mostrada en los medios de comunicación y ofrecida por el mercado.

Esta situación va produciendo una lucha en el joven, una sensación de desprotección afectiva. Se ha dado cuenta de un modelo masculino, pero no se consigue felicidad. Es una forma de falsa identidad que se funda no *en lo que es* sino siempre en *lo que se espera que sea*, desafío que no se logra cumplir por las diversas condicionantes que tienen los hombres jóvenes de sectores empobrecidos y que hemos mencionado. La presentación hacia el exterior es entonces lo más cercana que se pueda a lo esperado, dejando para un segundo orden lo que se desea. De la misma manera la internalización de los parámetros tradicionales de lo masculino implican muchas veces que se asimile dicha propuesta con la identidad por construir. De esta manera la felicidad en el hombre joven está condicionada a “dar la talla” de lo esperado socialmente.

5. Las tensiones entre lógicas de acción. Saliendo del texto para abrir conversaciones.

De esta manera, la calle permite la reafirmación de las lógicas tradicionales de las masculinidades bajo las imágenes de *ser bien hombre* –fuerte, rudo, conquistador, mujeriego- y *bueno como hombre* –que tiene prestigio y reconocimiento- porque cumple con los roles de protector y proveedor. En el mismo movimiento emergen planteos sobre lógicas alternativas de masculinidades sostenidas en imágenes de *ser buen hombre*, que refiere al varón que desarrolla prácticas equitativas, respetuosas y de colaboración (Duarte, 1999).

En esta tensión entre lógicas contradictorias, aparece una *semitensión* que se expresa en el plano de la incoherencia entre los sentidos manifiestos y latentes del discurso que en la actualidad encontramos en estos varones jóvenes: se configura una clara tensión que los tiene a *medio camino* en sus procesos de construcción de identidades.

Por una parte, un imaginario que critica algunas concepciones patriarcales tradicionales: la noción de superioridad masculina; que existan roles diferenciados jerárquicamente según sexo; la imposibilidad de que las mujeres accedan a labores típicamente consideradas para hombres; la subordinación femenina en diversos ámbitos; entre otras. Dichos cuestionamientos alientan a suponer que hay vientos de cambio, con sentido alternativo a los modos patriarcales de relación. Vale decir, los varones jóvenes –en contexto de incerteza y exclusión social- configuran discursivamente perspectivas de posible criticidad a los modos patriarcales de relación. Quizás una manifestación de sensibilidad y sociabilidad en torno a lo que no les agrada y que no les pasa inadvertido. Es relevante considerar que esta discursividad se mueve en el plano de las ideas y de lo moral, del deber ser.

Por otra parte, al ser *puestos en situación* –cuando se les exige tomar opciones en las cuales requieren validar su condición masculina-, tienden a *retroceder*, se refugian en lo aprehendido en contexto patriarcal, y evidencian el apego a esta racionalidad como refugio para argumentar las prácticas concretas que desarrollan. Nuevamente de modo discursivo, ahora sí en el plano de sus experiencias muestran que no quieren perder los privilegios que la condición patriarcal les aporta.

Esta vuelta al refugio se da fundada en ciertas racionalidades, por ejemplo en la naturalización de la condición patriarcal, sobre una suerte de fatalismo político que niega posibilidades de cambio, sobre la no modificación de las asimetrías de poder, casi diciendo: “es lo que hay”, “siempre ha sido así”, “así nos enseñaron”... El imaginario de la disculpa por lo vivido y por lo que existe, se refuerza en esta racionalidad contemporánea de las masculinidades en jóvenes de sectores empobrecidos.

Existe la disposición, “el ánimo de ser distinto”, “se sabe lo que pasa”, pero las fuerzas consideradas por ellos como naturales y tradicionales resultan ser más fuertes e impiden sostener aquello que se dice en acciones concretas.

Como se observa, la pragmática de este discurso (Navarro y Díaz, 1994), nos muestra sociedades viviendo tensiones relevantes en el ámbito de las relaciones de género. No resulta sencillo ni diáfano el proceso de convertirse en varón, más bien podríamos caracterizarlo como contradictorio, lleno de incertidumbre, pero en el mismo tiempo lleno de posibilidades.

Bibliografía

Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

Callirgos, J. C. (1996). *Sobre Héroe y Batallas. Los caminos de la identidad masculina*. Lima: Escuela para el Desarrollo.

Morales, B. Concepción, A. y Jamett, F. (1999). *¿Quién dijo que todo está perdido? Sistematización de 10 años de experiencia con jóvenes populares*. Santiago: Colectivo de Investigación Acción con Jóvenes.

Caride, J. (2006). La educación social en la acción comunitaria. En X. Úcar y A. Llena (coordinadores). *Miradas y diálogos en torno a la acción comunitaria*. Barcelona: GRAÓ.

Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Connell, R. W. (1997) La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Editores) *Masculinidad/es: poder y crisis*. Chile: Isis internacional.

De Barbieri, T. (1992). Sobre la categoría género. Una construcción teórico-metodológica. En *Fin de siglo y cambio civilizatorio*. Ediciones de las mujeres, N° 17. Santiago: Isis.

De Lauretis, T. (1991). Estudios Feministas/Estudios críticos: problemas, conceptos y contactos. En C. Ramos Escalón (compiladora) *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*. México: Editorial UNAM.

Delgado, R. (2009). *Acción colectiva y sujetos sociales*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Duarte, K. (2011a). Privilegios patriarcales en varones jóvenes de sectores empobrecidos ¿cambio o acomodo? En *Revista Juventud*. Madrid: INJUVE. En Prensa.

Duarte, K. (2011b). Varones jóvenes de sectores empobrecidos y privilegios: ¿por qué cambiar? En F. Aguayo, M. Sadler (Editores). *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Santiago: Universidad de Chile, LOM ediciones.

Duarte, K. (2011c). Notas generacionales para la acción comunitaria con jóvenes de sectores empobrecidos. En *Revista Observatorio de Juventud*. Santiago: INJUV. En Prensa.

Duarte, K. (2011d). Desafíos a los procesos investigativos en juventudes que plantean las condiciones juveniles de América Latina y el Caribe. En M. Gutiérrez (editora) *¿Qué sabemos sobre jóvenes y juventudes?* Bogotá: Agencia española de cooperación internacional para el desarrollo AECID, Pontificia Universidad Javeriana.

Duarte K. (2006). Cuerpo, poder y placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos. En *Revista PASOS N° 125*. San José de Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones DEI.

Duarte, K. (2001). ¿Juventud o Juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles. En K. Duarte y D. Zambrano (Editores). *Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica*. San José de Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones DEI.

Duarte, K. (1999). “Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo”. Tesis para optar al Título de Sociólogo. Santiago: Universidad de Chile.

Espinoza, A. (1999). Mi barrio es zona crema: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la Trinchera Norte. En A. Panfichi y M. Valcárcel (Editores). *JUVENTUD: Sociedad y Cultura*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

- Fuller, N. (1997). Fronteras y retos: varones de clase media del Perú. En *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres N° 24. Santiago: Isis-FLACSO Chile.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. Santo Domingo: CIPAF.
- Lagarde, M. (1993). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría “género”. En *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*. Volumen VIII, N° 30. México.
- Lozano, B. (1992). Una crítica a la sociedad occidental patriarcal y racista desde la perspectiva de la mujer negra. En *PASOS N° 42*. San José, Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones DEI.
- Lozano, I., Fernández, M. y Vargas, M. (2010). *La caracterización de las redes de amistad de varones jóvenes: su impacto sobre la violencia*. México: GENDES.
- Navarro, P. y Díaz, C. (1994), Análisis de Contenido. En *Métodos y técnicas de Investigación en Ciencias Sociales*. J. Delgado y J. Gutiérrez (Editores). Madrid: Editorial Síntesis.
- Pérez, D. y Mejía, M. (1996). *De calles, parches, galladas y escuelas: transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*. Santa Fe de Bogotá: CINEP.
- Rebolledo, L. (1998). *Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa...* Santiago: Universidad de Chile.
- Salas, J. (1996). La mentira en la construcción de la masculinidad. En *Revista Costarricense de Psicología, N° 24*. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Salazar, G. y Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile. Niñez y juventud*. Tomo IV. Santiago: LOM Ediciones.